

TÍO ANTONIO

Enrique Garcés

Había nacido allá por los tiempos en los que se libraban las últimas batallas de la Independencia, de manera que él oyó los clarines de la victoria. Hecho de la más recia arcilla otavaleña, vivió serena y juvenilmente hasta muy cerca de los cien años. Cuando a los noventa y seis, enfermó de gravedad, decía que sanará obligadamente porque quería celebrar su centenario. Pero no fue así, posiblemente porque si lo consigue, demora en la vida otros cincuenta años por lo menos.

Para mí es inolvidable este personaje singularísimo, ligado hasta por los lazos de la sangre. Siempre tuve, desde la escuela, la impresión honda del pasado y el cálculo de lo viejo me producía no se qué admirativa necesidad de meditar en los meses, las horas y los años, tal como las cortezas de los árboles suelen hacerlo a imitación de los anillos que acumulan la tortuga en el calendario de su caparazón. Pues Tío Antonio exhibía ya entonces unas cifras de campeonato. A los noventa y cuatro años de edad, celebraba también los setenta y cinco de su matrimonio con la Tía Virginia que estaba un tanto fresca pese a los achaques; se había jubilado —le jubilaron a la fuerza— de su trabajo después de haber desempeñado su cargo nada menos que cincuenta y cinco años sin interrupción de medio minuto. Yo al hacer las cuentas, no era que me equivocaba al sumar y decir que Tío Antonio había vivido doscientos veintiseis años repartidos así: noventa y seis para sí solo; setenta y cinco para su hogar y cincuenta y cinco para el trabajo sin fatiga. Ya sabía sumar bien. No me equivocaba.

Tío Antonio nació, vivió y murió sembrado a la tierra otavaleña. Alguna ocasión le preguntamos si no había tenido anhelos de conocer, por ejemplo, Guayaquil. Y él contestó con esta sequedad sentenciosa que le era usual:

—Basta con conocer Otavalo!...

Si por acaso se le enseñaban esas fotografías de ciudades extranjeras que se colocaban en unos aparatitos curiosos, con mango, dos oculares y un botoncito para el enfoque, y se le quería explicar la maravilla de esas urbes, replicaba devolviendo el artefacto:

—Más linda es mi tierra vista desde la loma!...

En los precisos momentos que le enterrábamos, pensaba yo, cómo las cenizas de este varón de verdad habrían celebrado fiesta magnífica al reencontrarse con los átomos terrígenos de la otavañidad. Fue Tío Antonio un roble que tanto sus raíces como sus flores penetraron hondamente en la parcela nativa.

Era alto, garboso y su caminar tenía la mezcla de lo seguro y arrollador. Más tradicionalista que los ingleses, usó solamente una clase de sombrero de paja y un poncho negro. Una barba de quizá unos cuarenta centímetros, blanca, caudalosa, modelo tolstoiiano por el desorden y del tipo de Valle Inclán por la lanza final, le impidió conocer por completo este inútil trapo paramental de la corbata.

Es con Tío Antonio que sucedió aquel pasaje que vale repetir: Unos niños asombrados osaron acercarse para preguntar al viejo solemne, en la plaza, que dónde ponía tan enorme barba para poder dormir, si debajo o encima de las mantas, a lo que repuso con una semisonrisa:

—La pongo en el ropero!...

Si por alguna parte pudieran enseñarme y comprobarse de algún caso patológico de honradez diría sin vacilar que ha resucitado Tío Antonio. Sólo una enfermedad le fue crónica: la honorabilidad hasta límites evidentemente morbosos. Sirvan de muestras estos singularísimos pasajes:

Después de cincuenta y siete años de trabajo como gerente de una empresa textil, se retiró pobre. Otros gerentes que le su-

cedieron, en poco tiempo, qué diferencia!... Llevó una vida sobria, casi ascética y no aceptó jamás los progresos de la civilización. Cuando los dueños de la fábrica de tejidos, le compraron un automóvil para que lo ocupara en el largo camino que separaba su hogar del sitio de trabajo, protestó airado por dos motivos: gasto tonto y supérfluo, por una parte; absurdo que él hubiese intentado siquiera subir al vehículo endemoniado que además tenía olor a infierno con sus gases de benzeno. Y prosiguió a pie, llueva o no, en sus dos viajes matemáticamente puntuales: cinco de la mañana, ida; cinco de la tarde, regreso. Barba, poncho y bastón a cuestas, iba por esos caminos saludando respetuosamente por todos. Hasta los pencos de la zanjas le daban los buenos días!

Un hijo suyo, admirable modelo de trabajador, era también empleado en aquella fábrica y por su desempeño el Gerente, su padre, le pagaba seis u ocho sucres mensuales que en eso había valorado su rendimiento y el sueldo. Los dueños de la fábrica, secretamente, ordenaron que se le pagara una cantidad infinitamente superior. El contador que tenía expresas instrucciones para tratar de ocultar la partida respectiva para que Tío Antonio no glosara el egreso, tuvo un día una escena feroz. Ante la insistencia de Tío Antonio para que le explicaran unos egresos que no correspondían a lo que él sabía de corrido porque su memoria era mejor que todos los libros de partidas dobles, tuvo que confesar que había pagado, por orden de los patronos, un sueldo mayor a su hijo. Un verdadero terremoto se registró en la fábrica. Reunió a todo el personal y acusó al Contador y a su hijo, de..., bueno de qué? Pues de ladrones!... E inmediatamente dictó jupiteriana sentencia: multa al Contador y obligación inmediata de devolver, por parte de su hijo, lo que había recibido sin su aprobación y conocimiento.

Con mis hermanos Gabriel y Reinaldo fuimos a visitarle en la fábrica. Nos recibió con su helada y simpática afectuosidad, dando justamente una palmada en el hombro a cada uno y repitiendo, como en ceremonia, cada uno de nuestros nombres al momento que ponía su mano. Dijo inmediatamente que no le hiciéramos perder el tiempo y que no distrajáramos a nadie en sus

labores. Y a poco nos despidió. Yo que no podía dejar de mirar sin angustia unos lindos cordeles que allí hacían y que servían bellamente para jaeces de mis caballos de madera, al primer descuido de Tío Antonio alcancé a enrollar uno solo y ponerle, casi temblando, dentro de la camisa. Cuando ya estábamos cerca de llegar a Otavalo, es decir, después de andar unos tres kilómetros, nos alcanzó un obrero de la fábrica quien, agitado por la carrera, nos indicó que debíamos volver por cuanto Tío Antonio lo deseaba para obsequiarnos algunas cosillas que olvidó entregarnos al momento de la visita. Retornamos con la más cándida sinceridad y esperanza. No podré olvidar cómo escondí mejor aun el cordelillo. Ya en presencia de Tío Antonio, bruscamente nos increpó por el hurto reprendiendo con violencia de modo que no hubo más remedio que optar por la devolución del avergonzado envoltorio y bajar la cabeza en vísperas del llanto. Entonces Tío Antonio sacó un "calé" (dos y medio centavos) y me dijo:

– Compra en el almacén cinco cordeles y dales a tus hermanos.

En el anecdotario otavaleño Tío Antonio ocupa lugar cimerero con pasajes de su honradez en extremos teratológicos. Solamente él era capaz de ser autor de esta escena grandilocuente instantes antes de la muerte. Reunió a sus hijos y más familiares casi con convocatoria firmada. En torno a su lecho, la gente lo miraba y le admiraba. Sin la más leve inquietud por el final, alzó su huesuda mano derecha y en tanto echaba una bendición desgarbada, dijo con extraña claridad estas palabras:

– En mi vida he manejado más de cuatrocientos millones de suces que eran ajenos y nunca perjudiqué ni en un centavo. Esa es mi herencia!

Y como quien se acomoda para descansar mejor, puso esta vez si su inmensa barba sobre la manta y se fue.

Después de muchos años entré a la casa de Tío Antonio y me di cuenta que el tiempo no había pasado. Nadie había tocado

nada. Apenas el polvo irreverente penetró hasta aquellas mesas gigantescas y armarios todavía erectos donde guardó papeles raros, libros manuscritos y unos óleos de abuelos y chuzabuelos a cuyos respaldos existían anotaciones amarillas que no se podían traducir. La ventana sin cristal alguno, me recordaba una respuesta que me diera al preguntarle por qué no hacía poner vidrios en ella:

– No hay que ponerle barreras al aire, sentenció.

Y allí estaba el gran candelabro sencillo, erguido de cicatrices de estearina y con el último pedazo de bujía que ardiera a su cabezera. También me hizo pensar en otra de sus tonantes contestaciones acerca de la luz eléctrica y en elogio de la esperma:

– La luz tiene que ser llama como el sol para tener el orgullo de apagarla soplando.

Nadie fue capaz de convencerle que fuera al cinematógrafo. Echando raíces en su pasado, explicaba que eso sería ultrajar el arte de un "Taita Titiretero" que había llegado ya hace como sesenta años por Otavalo.

Y en esa tarde que pude estar infinitamente solo entre los muros sordos del barrio de Tío Antonio, subí por la colina guiado por la vaga pesadumbre que a veces produce el recuerdo. Abandoné mis ojos al paisaje. Yo que había cruzado el mar y dos Continentes, en plena juventud, dije con Tío Antonio:

– Mejor es mi tierra desde la loma!...

"Ñuca Huasi" N° 6, abril de 1956.